

«TESTIGOS DE LA MISERICORDIA»

Imprime:
Gráficas Carpintero, S. L.
Ctra. de Alcolea, s/n.
Sigüenza

Foto portada: Cristo de las Misericordias (Catedral de Sigüenza).

ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

«TESTIGOS DE LA MISERICORDIA»

CARTA PASTORAL
CON MOTIVO DEL “AÑO JUBILAR
DE LA MISERICORDIA”

Septiembre 2015

Índice

INTRODUCCIÓN	7
I. DAMOS GRACIAS A DIOS	9
1. El Plan Pastoral Diocesano	9
2. Año Jubilar Teresiano	11
3. El Año de la Vida Consagrada	14
4. La Encíclica “ <i>Laudato si</i> ”	16
5. Peregrinación diocesana a Barbatona	18
II. NUEVO CURSO PASTORAL	21
1. Clausuras de los Años de jubilares y programación pastoral	22
2. Información sobre las Unidades de Acción Pastoral	23
3. Reflexión sobre la Iniciación Cristiana	27
4. El Jubileo extraordinario de la Misericordia	30
III. ASPECTOS ESPIRITUALES Y PASTORALES QUE DEBEMOS CUIDAR	35
1. El encuentro con Cristo en el centro de la misión	35

2. En el mundo sin ser del mundo	38
3. En la misión nunca estamos solos	42
4. El todo es superior a la parte	44
5. Sin formación cristiana no puede haber evangelización	47
6. Las palabras sin las obras no se entienden	51
CONCLUSIÓN	55

Siglas utilizadas

LS	Encíclica <i>Laudato si</i>
EG	Exhortación Apostólica <i>Evangelii gaudium</i>
UdAPs	Unidades de Acción Pastoral

TESTIGOS DE LA MISERICORDIA

Queridos diocesanos:

Esta Carta Pastoral quiere ser una expresión de gratitud a Dios por las celebraciones eclesiales vividas en la Diócesis durante el pasado curso pastoral y, al mismo tiempo, una invitación a retomar los objetivos y las acciones del Plan Pastoral Diocesano¹, como signo de comunión eclesial y como respuesta gozosa a la voluntad del Señor.

A lo largo de la Carta, ofrezco algunas reflexiones sobre aspectos concretos de la acción pastoral. Confío que puedan ayudarnos a orientar con gozo y esperanza el anuncio del Evangelio durante el próximo curso pastoral. La contemplación del rostro glorioso de Cristo y la experiencia de su presencia sacramental en medio de nosotros tienen que ayudarnos a evangelizar con alegría, superando las tentaciones que puedan presentarse en el camino con la ayuda de la gracia divina.

Al hacer estas propuestas, me siento especialmente urgido por la influencia negativa del relativismo cultural y social en los comportamientos religiosos y morales de muchos bautizados. Además, tengo muy presente la movilidad de la población, la creciente despoblación de las zonas rurales de la Diócesis, el descenso paulatino del número de sacerdotes y la disminución de vocaciones.

¹ DIÓCESIS DE SIGÜENZA-GUADALAJARA, *"El amor de Cristo nos urge. (2Cor. 5,14)"*, (2014-2018).

Pero, sobre todo, experimento en mi interior la urgencia de vivir la comunión eclesial con el papa Francisco. En bastantes ocasiones, nos recuerda a los Obispos de todo el mundo la necesidad de impulsar en cada diócesis una comunión dinámica, abierta y misionera, que tenga en cuenta los mecanismos de participación pastoral de todo el Pueblo de Dios y que haga posible la renovación del ardor misionero en todos los bautizados, contemplando el testimonio de las primeras comunidades cristianas².

² FRANCISCO, *Evangelii gaudium*. Exhortación Apostólica, (2013). Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, (EG), n. 31.

I. Damos gracias a Dios

Siempre es justo y necesario dar gracias a Dios por los muchos dones que cada día recibimos de su mano bondadosa pero, de un modo especial, debemos agradecerle la celebración de algunos acontecimientos, que han marcado el quehacer de nuestra Iglesia diocesana el curso pasado. Aunque podríamos hacer referencia a otros acontecimientos, me detengo solamente en cinco de ellos. Las experiencias vividas en el pasado han de estar siempre muy presentes en nuestra acción evangelizadora y han de ser ocasión para la acción de gracias a Dios pues, como nos dice el apóstol Pablo, “esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros” (1ªTes 5,18).

1. El Plan Pastoral Diocesano

En primer lugar, quiero referirme brevemente al Plan Pastoral Diocesano, publicado el año pasado con el título “El amor de Cristo nos urge” (2Cor 5,14). Este título, nos recuerda la necesidad que todos tenemos de conocer y acoger el infinito amor de Dios, derramado en nuestros corazones por la acción del Espíritu Santo, para poder mostrarlo con palabras y obras a nuestros semejantes.

Partiendo de la centralidad del amor de Dios, en la redacción del Plan, además de tener en cuenta la realidad social, cultural y religiosa de la Diócesis, muy bien estudiada en los Planes Pastorales anteriores, se han recogido también las líneas operativas y las orientaciones pastorales del papa Francisco sobre la necesidad de impulsar una pastoral en salida misionera. Asimismo, hemos asumido también las aportaciones de los distintos Consejos diocesanos para que la misma redacción del Plan fuese un momento de comunión y de corresponsabilidad eclesial.

El año pasado, por estas mismas fechas, tenía lugar la presentación de dicho Plan, durante dos jornadas de oración, de convivencia fraterna y de alegría compartida en el Colegio Diocesano “Cardenal Cisneros”. En aquella ocasión reconocíamos que la acogida y realización de las acciones y objetivos pastorales propuestos en el mismo, no sólo debían ser un signo de comunión entre todos los diocesanos, sino un medio importantísimo para afrontar con renovado ardor el anuncio del Evangelio en este momento de la historia de la Diócesis.

La revisión, llevada a cabo antes del verano, nos ayudó a dar gracias a Dios porque pudimos comprobar que, además de las acciones programadas en los ámbitos de la liturgia y de la actividad caritativa, todos los sacerdotes de la Diócesis tuvieron la oportunidad de recibir la información necesaria sobre el sentido y oportunidad del proyecto de Unidades de Acción Pastoral (UdAPs). Esta información era necesaria para que los sacerdotes, después de conocer los conteni-

dos fundamentales de este proyecto pastoral, puedan ahora colaborar activamente en la animación del nuevo estilo de evangelización que lleva consigo.

Asimismo, el año pasado, con la valiosa ayuda del equipo de la Delegación Diocesana de Catequesis, pudimos valorar las grandes posibilidades pastorales que nos brindan la preparación y celebración del sacramento del bautismo para acompañar a los padres en la formación cristiana de sus hijos y para dar los pasos oportunos en la redacción del Directorio diocesano de la Iniciación Cristiana.

2. Año Jubilar Teresiano

Además de las actividades programadas, siguiendo las directrices del Plan Pastoral Diocesano, el año pasado hemos realizado también otras celebraciones con ocasión del Año Jubilar Teresiano, del Año de la Vida Consagrada y de la conmemoración de los cincuenta años de las “marchas diocesanas” a Barbatona. Estos acontecimientos eclesiales ocuparon importantes momentos de reflexión, de oración y de encuentro fraterno entre todos los diocesanos.

Gracias a la entrega generosa del Delegado para el Año Teresiano, el pasado día 15 de octubre, festividad de Santa Teresa de Jesús, procedíamos a la apertura del Año Jubilar Teresiano en la Colegiata de Pastrana, en la Catedral de Sigüenza y en los dos conventos de Carmelitas de Guadalajara e Iriépal. Las distintas celebraciones y peregrinaciones diocesanas, arciprestales o parroquiales a Pastrana o a otros luga-

res teresianos, con ocasión de la conmemoración del V Centenario del nacimiento de la Santa, nos han permitido centrar la mente y el corazón en “lo único necesario” y nos han ayudado a experimentar que “sólo Dios basta”.

La contemplación de las virtudes humanas, espirituales e intelectuales de Santa Teresa nos permitió admirar su valentía a la hora de atreverse a realizar una profunda experiencia interior, acompañada por sus consejeros espirituales y poniendo siempre en el centro de la misma a Jesucristo. Esta aventura culmina felizmente porque la Santa asumió la humildad como camino seguro para encontrar la verdad y porque se mantuvo fiel a los descubrimientos espirituales que iba realizando bajo la acción del Espíritu.

En estos tiempos de tanto confucionismo religioso y de proliferación de la indiferencia, el testimonio de Santa Teresa nos recuerda la necesidad de plantearnos la llamada a la santidad y a la perfección en el amor. El extraordinario legado de la Santa de Ávila ha de ayudarnos a recorrer este camino, pues ella nos enseña a contemplar las personas y la realidad como presencia del Amado. Desde el trato de amistad con el Amado, podremos descubrir que solo Él puede colmar nuestra sed de sentido y de vida auténtica.

Además, para no estancarnos espiritualmente y para recuperar el ardor evangelizador, siguiendo las indicaciones de Santa Teresa, debemos peregrinar a nuestro interior y entrar en nosotros mismos. En el silencio sonoro de nuestro corazón podremos encontrar la verdad de Dios y la verdad

de nuestra existencia. Por ello, la primera responsabilidad de quienes sentimos la urgencia de evangelizar consiste en ayudar a los hermanos a entrar en comunión con el Señor para permanecer en Él y vivir en su intimidad.

En medio de los muchos ruidos y de la superficialidad de la cultura actual, el testimonio de Santa Teresa nos invita a escuchar la voz de Dios para descubrir al Amigo que nos habita, para participar de su amor y de su salvación. Cuando nos ponemos a la escucha del Señor, descubrimos siempre su invitación a ser evangelizadores alegres, preocupados por servir a la verdad y con capacidad interior para superar los cansancios.

Estamos a punto de finalizar la celebración del Año Teresiano, pero debe permanecer muy viva en nosotros la invitación a entrar en nuestro interior y la súplica al Espíritu Santo para que nos enseñe a orar y para que ore con nosotros al Padre. Si volvemos la mirada a nuestro Plan Pastoral, vemos que ya en el capítulo primero se nos dice que no puede haber misión, si no existe previamente el encuentro sosegado con el Señor. El trato de amistad, “estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”³, nos permitirá responder con amor a su entrega amorosa por nosotros hasta la muerte de cruz y nos dará la fuerza para crecer en nuestra liberación interior, colaborando así a la construcción de un mundo más humano, porque nos esforzamos cada día por hacerlo más divino, más acorde con los deseos de Dios.

³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida* 8, 5.

3. El Año de la Vida Consagrada

En el espléndido marco del Jubileo Teresiano y en comunión con toda la Iglesia, el primer domingo de Adviento procedíamos a la solemne apertura del Año de la Vida Consagrada, convocado por el Santo Padre para dar gracias a Dios por este precioso regalo para la Iglesia y para el mundo. El motivo de la convocatoria de este año, dedicado a profundizar en la espiritualidad, en el testimonio evangélico y en la entrega generosa de los miembros de la Vida Consagrada, era la celebración del 50º Aniversario de la promulgación del Decreto “*Perfectae caritatis*”, sobre la renovación de la vida religiosa, por el Concilio Vaticano II.

A lo largo del año, toda la Diócesis, en comunión fraterna con los miembros de la Vida Consagrada, volvió la mirada al pasado para dar gracias a Dios por haber regalado a la Iglesia este precioso carisma. Al contemplar las dificultades del presente, consideramos necesario fomentar y apoyar este regalo de Dios que reclama autenticidad y pasión por parte de todos. Finalmente, aunque el futuro está siempre en las manos de la Providencia divina, nos propusimos afrontarlo con fervor y radicalidad evangélica.

En nuestra Diócesis tenemos la dicha de contar con el testimonio abnegado y con la colaboración generosa de un buen grupo de hermanos y hermanas, pertenecientes a distintas Órdenes y Congregaciones religiosas, Institutos seculares y Sociedades de vida apostólica. En virtud de su especial consagración a Jesucristo, ellos son para los restantes

miembros del Pueblo de Dios testigos gozosos del amor y de la misericordia divina, y anticipo y profecía de la vida futura.

A pesar de la indiferencia religiosa y de la disminución del número de vocaciones, la confianza en la acción de Dios ha de ayudarnos a todos a profundizar en nuestra condición de discípulos misioneros. Para ello, hemos de continuar creciendo en la comunión eclesial, teniendo siempre presente que “en la comunión, aunque duela, es donde un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo”⁴.

Los “tiempos recios”, en expresión teresiana, que nos toca vivir, son una oportunidad que el Señor pone en nuestro camino, para que no dejemos nunca de dar testimonio de la alegría del Evangelio, acrecentando el amor a la Iglesia y avanzando con decisión en la identificación con Jesucristo, a quien hemos entregado nuestras vidas por la consagración bautismal y por la profesión religiosa. En esta gozosa misión, seguiremos contando con la colaboración del Vicario para la Vida Consagrada y con la labor impagable de los miembros de nuestra CONFER diocesana.

Las monjas de clausura, a quienes agradezco de corazón su oración y sacrificio por las necesidades del mundo y por el impulso de la evangelización, nos recuerdan constantemente que cuanto más nos acercamos al Señor, somos más útiles a la Iglesia y a los hermanos. Ellas experimentan la gracia, la misericordia y el perdón de Dios, no sólo para sí, sino también para los hermanos, “al estar llamadas a llevar en el

⁴ Ibidem, n.130.

corazón y en la oración las angustias y los anhelos de los hombres, especialmente de aquellos que están alejados de Dios”⁵.

4. La Encíclica “*Laudato si*”

A comienzos del verano, el papa Francisco nos regalaba una profunda y valiente Encíclica titulada “*Laudato si*” (Alabado seas). Este título, tomado del Cántico de las Criaturas de San Francisco de Asís, es una invitación a volver la mirada y el corazón al Dios Creador para darle gracias por su presencia amorosa en la creación y para renovar nuestra responsabilidad en el cuidado de la naturaleza y en el uso responsable de la misma.

Teniendo en cuenta las enseñanzas de la Sagrada Escritura y las reflexiones de sus predecesores, el Santo Padre nos recuerda que un verdadero planteamiento ecológico se convierte siempre en un planteamiento social, obligándonos a escuchar no solo el clamor de la tierra, sino el clamor de los pobres, ante la degradación progresiva de la casa común de todos y “la madre bella que nos acoge entre sus brazos”⁶.

Como todos sabemos muy bien, en nuestros días los intereses económicos de unos pocos y el desarrollo sin escrúpulos por parte de otros están llevando al olvido del mandato de Dios de cuidar la creación y a la negación interesada de las reflexiones de los científicos sobre las consecuencias funestas para la humanidad de una explotación abusiva de la

⁵ BENEDICTO XVI, *Vísperas en la Fiesta de la Presentación del Señor*, (2010), Homilía.

⁶ FRANCISCO, *Laudato si*, (2015), *Carta Encíclica, sobre el cuidado de la casa común*, (LS), n.1.

naturaleza y de unos modelos de crecimiento que destruyen la tierra.

Algunos hermanos, pretendiendo ocupar el lugar reservado sólo a Dios y pensando exclusivamente en el propio bienestar material, intentan convertirse en dueños, señores y propietarios de la tierra, en vez de poner los medios para cuidarla y custodiarla. De este modo, la actitud irresponsable de unos pocos está impidiendo que “la madre tierra” sea un lugar habitable y un jardín para el beneficio de todos los hombres.

Con el fin de responder a estos graves problemas, el papa Francisco nos invita a todos, especialmente a quienes tienen responsabilidades en el gobierno de las naciones y en el cuidado de la naturaleza, a poner los medios para el logro de un desarrollo sostenible e integral y a mantener un diálogo sereno para analizar la crisis ecológica y las consecuencias de un desarrollo tecnológico sin el debido respeto para el ser humano y para la naturaleza.

El Santo Padre al final de su reflexión, nos invita a una conversión ecológica que haga posible un cambio de mentalidad y de comportamientos. La adecuada formación por parte de la familia, de la escuela y de la Iglesia, así como la colaboración de los medios de comunicación, hará posible un cambio de vida y una recuperación de las relaciones que todo ser humano debería mantener con Dios, consigo mismo, con el prójimo y con la tierra que habita, verdadero respeto a la ecología humana.

Cuando escuchamos la voz de Dios, podemos descubrir que no solamente estamos llamados a cuidar la fragilidad de los hermanos, sino también la fragilidad del mundo creado para que éste cumpla el fin para el que fue creado. Todos “estamos llamados a ser los instrumentos del Padre Dios para que nuestro planeta sea lo que Él soñó al crearlo y responda a su proyecto de paz, belleza y plenitud”⁷. La escucha de la voz, que Dios nos dirige desde la naturaleza y desde el sufrimiento de tantos hermanos, nos ayudará a superar los comportamientos de destrucción y de muerte a nuestro paso por este mundo.

5. Peregrinación diocesana a Barbatona

El día 10 de mayo celebrábamos con gran alegría la tradicional “marcha diocesana” al Santuario de Nuestra Señora de la Salud de Barbatona. En esta ocasión, al cumplirse los cincuenta años del inicio de las “marchas” a la casa de la Madre, recordábamos con gratitud a Monseñor Laureano Castán Lacoma, obispo de la Diócesis en aquel momento, y para los miembros de la Acción Católica que organizaron la primera “marcha” y colaboraron activamente en el impulso de la misma en años posteriores.

Cuando estamos a punto de cumplir el 50º Aniversario de la Clausura del Concilio Vaticano II, conviene recordar que los impulsores de aquella primera peregrinación querían agradecer a Dios y al Beato Pablo VI la proclamación de María, como Madre de la Iglesia, al concluir la tercera sesión del Concilio. Al mismo tiempo, con la realización de la marcha,

⁷ Ibidem, n.1.

se ponían también los cimientos para consolidar la comunión eclesial entre todos los diocesanos, una vez concluida la reestructuración de la Diócesis.

Desde el año 1955, miles de peregrinos venidos de todas las parroquias de la Diócesis y de otras diócesis vecinas han participado cada año, con profunda y auténtica devoción mariana, en la peregrinación a la “casa de la Madre”. De este modo, se hacía realidad el lema de la primera peregrinación: “Aclamar a María, Madre de la Iglesia. Darle el gozo de la gracia en nuestro corazón de hijos”.

Este año, con ocasión del 50º Aniversario de las “marchas diocesanas”, además del rezo del Santo Rosario desde la Catedral de Sigüenza hasta el Santuario de la Madre, tuvo lugar la solemne celebración de la Eucaristía, presidida por el Señor Nuncio de Su Santidad, Monseñor Renzo Fratini y concelebrada por Monseñor Juan José Asenjo, Arzobispo de Sevilla, y por un servidor. Con los Obispos, concelebraron también un buen grupo de sacerdotes, mientras otros administraban el sacramento de la reconciliación a los peregrinos.

Como preparación para este encuentro gozoso con la Virgen María, la Comisión encargada de la preparación de las celebraciones programó distintos momentos de evangelización en la ciudad de Sigüenza, así como la celebración del Festival Vocacional. En estos actos, además de los grupos de niños de colegios y parroquias, participaron también algunas Delegaciones diocesanas, los movimientos apostólicos y los miembros de algunas comunidades parroquiales.

Con la organización de estas actividades evangelizadoras, se pretendía que el encuentro oracional en torno a la Santísima Virgen nos ayudase a todos a redescubrir la necesidad de seguir impulsando estas “marchas diocesanas” como un medio privilegiado para el encuentro con Jesucristo, para la vivencia de la comunión eclesial y para el impulso de la corresponsabilidad pastoral. Pensando en el futuro, es mi deseo que la Comisión organizadora de las “marchas” siga proponiendo nuevas acciones y cuidando con especial dedicación los distintos actos religiosos, para el mayor aprovechamiento espiritual de todos los participantes.

En medio de los cansancios y fatigas del camino, todos necesitamos volver la mirada y el corazón al testimonio de fe, esperanza y caridad de la Santísima Virgen. Ella nos enseña a vivir en la contemplación del misterio de su Hijo y a salir con prontitud de nosotros mismos, para ir al encuentro de los hermanos, especialmente de los más necesitados. La confianza de María en Dios Salvador nos estimula a no dejarnos vencer por el fatalismo, sino a buscar la voluntad del Padre para vivir, en cada instante de la vida, con la certeza de que Él solamente desea el amor, la felicidad y la vida de sus hijos.

II. Nuevo Curso Pastoral

En estos momentos nos encontramos a las puertas de un nuevo curso pastoral. El Señor nos brinda la posibilidad de dar nuevos pasos en el camino de una evangelización más misionera, teniendo en cuenta que todo ser humano merece nuestra entrega servicial. Por ello, además de agradecer a Dios las experiencias espirituales vividas en el pasado, hemos de pedir una vez más la fuerza del Espíritu Santo para asumir con renovado ardor misionero los retos pastorales que nos plantea el nuevo curso.

En este sentido, no debemos olvidar que Dios sigue contando con nuestra pequeñez y debilidad para que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Asimismo, antes de hacer la programación pastoral y antes de emprender cualquier actividad evangelizadora, debemos estar plenamente convencidos de que las cosas pueden cambiar, pues Dios, en Jesús, ha derrotado la muerte para siempre, recordándonos además que lo que es imposible para los hombres es posible para Él.

1. Clausuras de los Años jubilares y programación pastoral

Partiendo de estas enseñanzas evangélicas y de la profunda convicción de que el Señor camina con nosotros, el día 3 de octubre, si Dios quiere, celebraremos un nuevo “Encuentro del Pueblo de Dios” en el Colegio diocesano “Cardenal Cisneros”. En este encuentro, entre otras cosas, tendremos la presentación de aquellos objetivos y acciones pastorales, a los que hemos de prestar especial atención y dedicación durante el próximo curso, teniendo en cuenta las indicaciones del Plan Pastoral.

Puesto que algunos sacerdotes y agentes de pastoral no podrán participar en este encuentro por razones diversas, los miembros de la Delegación diocesana para la Nueva Evangelización han manifestado su disponibilidad para visitar todos los arciprestazgos de la Diócesis con la finalidad de clarificar dudas y de ofrecer una información más detallada de estos proyectos pastorales a los sacerdotes, religiosos y fieles laicos que así lo deseen.

Como no podía ser de otra forma, invito cordialmente a todos los diocesanos a participar en la presentación del curso pastoral pues, además de ser un espacio para el encuentro y para la convivencia fraterna, es también una oportunidad para escuchar la voz del Señor a través de las personas que intervengan en el mismo y para descubrir nuevos caminos en la acción evangelizadora de la Diócesis y de las parroquias.

Asimismo, tengo el gozo de invitaros a la Clausura del

Año Teresiano que celebraremos el próximo día 15 de octubre, festividad de Santa Teresa de Jesús, y a la Acción de Gracias por el Año de la Vida Consagrada que, Dios mediante, tendrá lugar el día 2 de febrero de 2016, coincidiendo con la Jornada de la Vida Consagrada. Por supuesto, la clausura de estos dos importantes acontecimientos eclesiales, vividos con gozo y con alegría en la Diócesis, no puede llevarnos a olvidar o a poner entre paréntesis lo descubierto y celebrado durante este año.

2. Información sobre las Unidades de Acción Pastoral

Además de estas acciones puntuales, anteriormente señaladas, hemos de concentrar nuestra atención en las propuestas del Plan Pastoral para este curso. Concretamente, hemos de proseguir la reflexión sobre la Iniciación Cristiana y continuar también con la información sobre las UdAPs. Si el año pasado todos los sacerdotes de la Diócesis recibían la necesaria información sobre el contenido y oportunidad de este proyecto pastoral, este año está previsto presentarlo a los fieles laicos y a los miembros de la Vida Consagrada para que lo conozcan y descubran la necesidad de su implicación en la puesta en marcha del mismo.

Para facilitar esta información, se ofrecerán unas sencillas catequesis que, según las posibilidades de cada zona, deberán trabajarse en los arciprestazgos, en las parroquias o en grupos de distintas parroquias a lo largo del curso, desde una actitud de escucha, diálogo fraterno y oración. Estas catequesis tendrían que trabajarlas también los movimientos

apostólicos y otras organizaciones eclesiales para ayudar a sus miembros a vivir la vocación cristiana y a profundizar en su misión evangelizadora en la Iglesia y en el mundo.

La experiencia nos dice que muchos cristianos, al descubrir su pertenencia gozosa a la Iglesia por medio de la oración y por el testimonio creyente de otros hermanos, han asumido responsabilidades pastorales en la parroquia y han acogido también el encargo misionero del Señor de salir al encuentro de los hermanos para mostrarles el amor y la salvación de Dios con obras y palabras.

Sin duda, la parroquia en nuestros días y en el futuro, a pesar de la disminución del número de sacerdotes y de la emigración de muchos feligreses, seguirá siendo lugar de acogida, de comunión fraterna y de celebración sacramental, especialmente de la Eucaristía, para quienes se acerquen a ella buscando el encuentro con Jesucristo y la profundización en su vida cristiana.

Pero, la parroquia no cumplirá su verdadera función, si reduce su actividad evangelizadora solamente a quienes vienen a la misma y si el peso de la actividad evangelizadora es asumido únicamente por los sacerdotes. Los miembros de la comunidad parroquial, como grupo de hermanos, consciente de las exigencias de su vocación, tienen que descubrir la necesidad de implicarse cada día más en la transformación de las realidades temporales de acuerdo con los criterios del Evangelio, pero también deben asumir la participación en las actividades parroquiales.

El Concilio Vaticano II, al referirse a esta participación activa de los fieles laicos en la parroquia, decía: “Dentro de la comunidad de la Iglesia su acción (la de los laicos) es tan necesaria que sin ella el mismo apostolado de los pastores no podría alcanzar, la mayor parte de las veces, su plena eficacia”⁸. Veinte años después, San Juan Pablo II afirmaba que “los fieles laicos deben estar cada vez más convencidos del particular significado que asume el compromiso apostólico en la parroquia”⁹. De esta comunidad de fe y de acción entre pastores y fieles nace la necesidad de avanzar en la constitución de los Consejos económicos y de los Consejos pastorales.

En este sentido, el papa Francisco, al referirse a la parroquia, invita a sus miembros a estar en contacto con los hogares y con la vida del pueblo para ser un centro misionero y no convertirse en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. Consciente de que aún queda mucho camino por recorrer en lo referente a la “comunidad, participación y orientación de la misión”, señala la urgencia de la formación de los miembros de la comunidad parroquial para que sean verdaderos agentes de evangelización¹⁰.

Teniendo en cuenta estas sugerencias del Santo Padre, en todo momento también será preciso cuidar la acogida cordial y fraterna de cada persona. Son muchos los herma-

⁸ CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam actuositatem*, (1965), Decreto, sobre el apostolado de los laicos, n. 10.

⁹ S. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, (1988), Exhortación Apostólica, sobre vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, n. 27.

¹⁰ FRANCISCO, EG, n. 28.

nos que, en la actualidad, llaman a la puerta de nuestras parroquias y casas religiosas para presentarnos su dolor y sus sufrimientos. Esto nos exige avanzar en la constitución de comunidades verdaderamente evangelizadoras, es decir, comunidades que integren la celebración de la fe, la actividad caritativa y el anuncio del Evangelio.

La constitución de estas comunidades vivas y maduras en su fe no se improvisa. Si queremos impulsar la participación de todos los miembros de nuestras comunidades en la evangelización, aunque más adelante me referiré más concretamente a este tema, hemos de asumir la necesidad de ofrecerles una formación integral, que abarque la formación humana, espiritual, pastoral y doctrinal. De este modo, todos podremos asumir la misión evangelizadora, no tanto como una imposición o un mandato, sino como la respuesta gozosa a la invitación del Señor para colaborar en su misma misión: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20,21).

Además, si tenemos en cuenta que la parroquia supone una comunidad viva, evangelizadora, promotora de caridad y constituida en el territorio de modo estable, tendríamos que reconocer que muchas de nuestras parroquias, aunque jurídicamente reciban este nombre, en la práctica no lo son.

Pensando en esta realidad, el Código de Derecho Canónico propone formas de colaboración entre distintas parroquias en el ámbito del territorio. San Juan Pablo II, al plantearse la renovación de las parroquias y su eficacia operativa, señalaba que era necesario “favorecer formas institucionales

de cooperación entre las parroquias de un mismo territorio”¹¹. Esto no quiere decir que vayamos a suprimir parroquias o que dejemos de atender pastoralmente a los feligreses de las mismas, aunque éstos sean muy pocos.

Nuestra reflexión en estos momentos debe centrarse fundamentalmente en la búsqueda de nuevas formas o de nuevos caminos misioneros para responder evangélicamente a la nueva realidad social, cultural y religiosa, así como a la realidad de despoblación de muchas comunidades parroquiales. Esto nos obliga a estudiar las posibilidades que nos brindan las UdAPs y a descubrir la urgencia de su constitución, teniendo en cuenta los pasos que ya han dado otras diócesis de España o de otros países.

3. Reflexión sobre la Iniciación Cristina

Además de esta información sobre el sentido y oportunidad de las UdAPs, durante el próximo curso tendremos también la oportunidad de continuar la reflexión iniciada el año pasado sobre la Iniciación Cristiana, pues a todos nos duele y nos hace sufrir la huida temprana de niños y jóvenes de la catequesis y de la Iglesia. La gran pregunta que hemos de plantearnos es: ¿Cómo formar cristianos en este momento de la historia? ¿Cómo hacer cristianos en vez de preparar sólo para la recepción de los sacramentos de la iniciación cristiana? Para ayudarnos en la reflexión, contaremos siempre con la iluminación y apoyo de la Delegación Diocesana de Catequesis.

¹¹ S. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, n. 26.

Los tiempos en los que la transmisión de la fe se realizaba con cierta facilidad porque los padres asumían su responsabilidad en la formación integral de sus hijos, han quedado atrás. En la actualidad, muchos padres no pueden o no saben iniciar a sus hijos en la fe. Además el ambiente social y cultural tampoco ayuda a la vivencia de los valores cristianos. Como consecuencia de ello, bastantes niños y jóvenes llegan a nuestras parroquias o colegios sin haber hecho el despertar religioso.

La contemplación de esta nueva realidad no debe angustiarnos ni desanimarnos pues, como indicamos los Obispos españoles en el documento “La Iniciación Cristiana. Reflexiones y Orientaciones”, que os recomiendo leer: “La Iniciación Cristiana es un don de Dios que recibe la persona humana por mediación de la Madre Iglesia. Dios puede hacer que el hombre renazca en Cristo por el agua y el bautismo; solamente Él puede comunicar la vida eterna e injertar al hombre, como un sarmiento, a la Vid verdadera, para que el hombre, unido a Él, realice la vocación de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo, en medio del mundo, como miembro vivo y activo de la Iglesia”¹².

Ahora bien, aunque la Iniciación Cristiana fundamentalmente sea obra de Dios y de su gracia, no podemos ser conformistas, pues todos recibimos ese don de Dios por mediación de la Iglesia. Por lo tanto, además de renovar nuestra fe en Jesucristo resucitado y de confiar en la acción de la

¹² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Iniciación cristiana. Reflexiones y Orientaciones*, (1998), n. 9.

gracia divina en el corazón de cada persona, es preciso que busquemos nuevos caminos para la transmisión de la fe, teniendo en cuenta que los tiempos han cambiado y asumiendo con gozo que el anuncio de Jesucristo y la celebración de los sacramentos son una ayuda valiosa para crecer en la libertad, para descubrir el verdadero amor y para alcanzar la felicidad.

En la búsqueda de estos nuevos caminos o itinerarios de fe, además de la transmisión de los contenidos doctrinales, hemos de tener muy presente que la formación de un cristiano requiere vivir la experiencia personal del encuentro con Jesucristo. Solamente cuando tiene lugar este encuentro con el Señor, es posible escuchar su llamada y responder a la misma, permitiendo que sean sus criterios, sentimientos y comportamientos los que transformen nuestra persona y orienten nuestras actuaciones.

Aunque las parroquias y, por tanto, los sacerdotes y catequistas continuéis asumiendo la responsabilidad en el camino de la Iniciación Cristiana que, como todos sabemos muy bien, requiere tiempo, paciencia y acogida cordial, no se puede olvidar nunca la responsabilidad de los padres. Ellos son los primeros educadores de sus hijos, también en su formación religiosa. En todo el proceso de Iniciación Cristiana, es preciso establecer relaciones con los padres de los niños para ayudarles a madurar en su fe y para animarles a asumir la responsabilidad que les corresponde. No podemos suplantarlos.

Es más, teniendo en cuenta la importancia de la familia para la Iglesia y la sociedad, todas las instituciones sociales tendrían que prestarle las ayudas necesarias para su realización plena. Desde la Iglesia y la escuela, hemos de buscar los cauces oportunos para este apoyo incondicional a todas las familias y, de un modo especial, a las más desestructuradas y necesitadas.

Al hacer esta reflexión sobre la Iniciación Cristiana y sobre la atención a la familia, no puedo dejar de valorar y agradecer a Dios el testimonio de fe y la dedicación diaria de muchos padres, abuelos, catequistas, educadores y sacerdotes a la formación cristiana de niños y jóvenes. Asimismo, considero que los agentes de pastoral y todos los demás cristianos, al hacer la reflexión sobre el tema, hemos de contemplarla en el marco de una evangelización misionera, como nos recuerda insistentemente el papa Francisco.

4. El Jubileo extraordinario de la Misericordia

Si el curso pasado celebrábamos el Año de la Vida Consagrada, siguiendo las orientaciones del papa Francisco, este año el Santo Padre invita a toda la Iglesia a celebrar el Jubileo extraordinario de la Misericordia. En nuestra Diócesis, hemos de verlo desde una doble perspectiva. Por una parte, la contemplación de la misericordia divina nos recuerda la necesidad de ahondar en el objetivo del Plan Pastoral, que hace referencia al impulso de la actividad caritativa y social. Por otra parte, la meditación del misterio de la misericordia nos ayudará a ser evangelizadores con espíritu y con entrañas compasivas.

El Santo Padre abrirá la Puerta Santa de entrada en este Año jubilar, en la Basílica de San Pedro, el próximo día 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. La Clausura de las celebraciones jubilares tendrá lugar el día 20 de noviembre de 2016, Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. En nuestra Diócesis, como en las restantes diócesis del mundo, la apertura del Jubileo de la misericordia tendrá lugar, Dios mediante, el domingo, día 13 de diciembre. En su momento, se ofrecerá información sobre los lugares donde se podrán lograr las gracias del jubileo, y horarios.

Con la convocatoria del Jubileo, mediante la Bula “*Misericordiae vultus*”, el Santo Padre nos invita a adentrarnos en el misterio de Dios para progresar en el camino de la conversión y para descubrir el verdadero sentido de nuestra misión en el mundo. La contemplación del misterio de la misericordia de nuestro Dios, además de ser fuente de alegría, de serenidad y de paz, es condición para nuestra salvación¹³.

El mismo lema elegido por el Papa para la celebración del Año Jubilar, “Misericordiosos como el Padre”, es todo un programa de vida cristiana y un gozoso compromiso para quienes intentamos acoger el infinito amor de Dios, que siempre lo da todo sin esperar nada a cambio. La contemplación de esta donación de Dios, que viene a nosotros para fortalecernos en medio de las debilidades, para perdonar nuestros pecados y para mostrarnos su compasión, nos enseña y nos mueve a ser compasivos con todos nuestros hermanos¹⁴.

¹³ FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, (2015), Bula de convocatoria del Jubileo, n. 2.

¹⁴ *Ibidem*, n. 14.

Jesús, desde la experiencia de comunión, de amor y de unidad con su Padre querido, nos recordará durante los años de su vida pública que Dios está siempre abierto a la acogida y al perdón, a pesar de los pecados y olvidos de sus hijos. Por eso, cuando nos invita a amar no sólo a los que nos aman, sino también a los enemigos, nos está invitando a no cerrarnos sobre nosotros mismos y a comportarnos como su Padre, que hace salir el sol sobre buenos y malos y que regala la lluvia a justos y pecadores (cfr. Mt 5,45).

Con sus comportamientos misericordiosos y compasivos hacia los hermanos, especialmente hacia los marginados y empobrecidos, Jesús nos revela el rostro de Dios, que es como el de un padre o el de una madre, que se conmueve en lo más profundo de sus entrañas por los problemas de su hijo. Podemos decir que se trata realmente de un “amor visceral”. “Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y perdón”¹⁵.

Al descubrir este amor y acogerlo en lo más profundo del corazón, también nosotros, si nos dejamos guiar por la acción del Espíritu, estaremos en condiciones de salir al encuentro de los hermanos para mostrarles el rostro misericordioso de nuestro Dios. Por eso, a lo largo del Año Jubilar, además de los momentos de oración personal en los que cada creyente podrá descubrir el verdadero significado de la misericordia de Dios, programaremos también algunas acciones y celebraciones para toda la Diócesis.

¹⁵ Ibidem, n. 6.

Con estas acciones y con las que se lleven a cabo en cada arciprestazgo o parroquia y lugares de culto, pretendemos ayudar a todos los diocesanos a descubrir que la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta que cada uno puede experimentar en sí mismo, al comprobar que el Señor sana los corazones afligidos, libera a los cautivos, sustenta al huérfano y a la viuda y rescata nuestras vidas del sepulcro (cfr. Sal 146,7-9).

Entre estas acciones diocesanas, en comunión con el Santo Padre, todos deberíamos examinar la vivencia y la práctica de las obras de misericordia, así como la celebración del sacramento de la Penitencia. No podremos crecer espiritualmente ni ser auténticos misioneros, si no descubrimos nuestras incongruencias y pecados en las relaciones con Dios y con los hermanos, y si no avanzamos en la práctica del mandamiento del amor con nuestros semejantes, especialmente con los excluidos por la sociedad.

Para concretar este amor a los necesitados, hemos de abrir la mente y el corazón a las nuevas pobrezas, que experimentan tantos hermanos nuestros. Entre estas nuevas pobrezas, podemos enumerar la soledad, la desorientación, la angustia, la desesperanza, la falta de sentido y el sufrimiento de tantos emigrantes y refugiados. ¿Cómo responder a estas nuevas pobrezas? ¿Qué podemos hacer como Diócesis para dar respuesta a tanto sufrimiento?

Además de las atenciones que se les puedan brindar desde Caritas y desde otras instituciones sociales, estamos

pensando en la posibilidad de abrir un lugar de acogida fraterna con el fin de escuchar las dolencias y sufrimientos, las tristezas y angustias de aquellos hermanos que no tienen a quien comunicar su dolor. En algunos casos, será suficiente la escucha y el acompañamiento; en otros, si así lo solicitan quienes acudan al centro, será posible también ofrecer el sacramento de la Penitencia. En cualquier caso, no deberíamos olvidar nunca que en estos hermanos se hace especialmente presente el rostro sufriente de Cristo.

Si durante estos años de crisis económica y financiera, todos hemos puesto los medios para paliar las necesidades materiales de miles de hermanos necesitados. Ahora hemos de dar gracias a Dios por la generosidad y entrega de tantos buenos cristianos, pero estamos llamados a dar un paso más. Esto quiere decir que el amor misericordioso de Dios que todos los bautizados hemos de mostrar en cada instante de la vida, necesitamos concretarlo especialmente, como nos recuerda el Santo Padre, en la práctica de las obras de misericordia, espirituales y corporales.

III. Aspectos espirituales y pastorales que debemos cuidar

Si tenemos en cuenta las celebraciones jubilares de estos años y asumimos con ilusión la programación pastoral propuesta en el Plan Pastoral Diocesano, aparecen algunos aspectos relacionados con la espiritualidad y con la acción pastoral que, a mi modo de ver, tendríamos que cuidar de un modo especial en el futuro. Estos aspectos no son novedosos, pues los últimos Pontífices han insistido frecuentemente en ellos. Pertenecen, por lo tanto, al legado de la Iglesia.

Si cuidamos con interés y con esfuerzo estos aspectos, encontraremos paz en el corazón, creceremos en la identificación con los sentimientos de Jesucristo, pondremos ante todo nuestra confianza en la gracia divina y tendremos especialmente en cuenta algunos aspectos de la acción misionera de la Iglesia a los que deberíamos prestar especial atención en los próximos años para responder a los retos que nos plantea la nueva realidad social, cultural y religiosa.

1. El encuentro con Cristo en el centro de la misión

Cada cristiano, injertado en la vida de Cristo en virtud del sacramento del bautismo, lleva en su corazón la respon-

sabilidad de la misión, puesto que ésta sólo es posible realizarla desde la comunión con Cristo y bajo la acción del Espíritu Santo. La conciencia de ser enviados es la condición necesaria y el punto de partida de la evangelización. Por eso, el cristiano que participa de la misión de Cristo, debe vivir con pasión su encomienda asumiendo que ésta exige un profundo conocimiento de Dios.

La experiencia nos dice que el cristiano que no mantiene vivo el encuentro y la relación con Dios mediante la oración, la lectura creyente de la Palabra y la celebración de los sacramentos, con el paso del tiempo pierde la motivación para anunciar el Evangelio. Cuando decae el ardor misionero, entonces aparecen las quejas, la melancolía y el desánimo, puesto que en vez de contemplar la realidad con los ojos de Dios, la vemos solamente con nuestros ojos. Sin embargo, cuando se dedica tiempo a la escucha y al conocimiento de Dios, mediante la oración, surge siempre la pasión por el otro y por sus problemas, pues se vive el envío como una ocasión para la salvación de los demás.

En momentos de dificultad para la evangelización es preciso acrecentar la fidelidad al Señor y renovar la confianza en la acción de la gracia en el corazón de las personas. Es más, para no perder la alegría y la paz en la acción evangelizadora ante la falta de respuestas al anuncio del Evangelio, es imprescindible permanecer en la intimidad con Cristo mediante la escucha y meditación de sus enseñanzas pues, como nos dice el papa Francisco: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida de los que se encuentran con Jesús.

Quienes se dejan salvar por Él, son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesús siempre nace y renace la alegría”¹⁶.

Asumiendo estos presupuestos y teniendo en cuenta el testimonio evangélico del Siervo de Dios D. Jesús Pla, Obispo de nuestra Diócesis, cuya causa de canonización se está tramitando juntamente con la Diócesis de Valencia, encontraremos la luz necesaria para seguir buscando nuevos caminos en la actividad evangelizadora de nuestra Iglesia diocesana. Esto nos obliga a prestar especial atención a la renovación espiritual de los miembros de nuestras comunidades, programando a tal fin retiros, convivencias y ejercicios espirituales. Asimismo, nos exige cuidar la relación diaria con el Señor mediante la oración personal y comunitaria.

Al referirse a la urgencia de esta renovación espiritual de todos los bautizados, el papa Francisco afirma que toda la Iglesia “necesita imperiosamente el pulmón de la oración”¹⁷. Es más, señala que no se puede permanecer en la misión, si no se han descubierto los sentimientos y los comportamientos del Señor Jesús en la oración: “No se puede permanecer en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tuestas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarle, descansar en Él que no poder hacerlo”¹⁸.

¹⁶ EG, n. 1.

¹⁷ Ibidem, n. 262.

¹⁸ Ibidem, n. 266.

Si cuidamos la preparación y el desarrollo de las celebraciones litúrgicas y si hacemos bien lo que la Iglesia nos pide en cuanto a la centralidad de la oración en la vida cristiana, estaremos favoreciendo la unión con Dios, la comunión fraterna y el impulso misionero de todos los bautizados. Esto nos obliga a actuar desde la convicción de que no podrán surgir auténticos evangelizadores sin una cuidada espiritualidad, puesto que es siempre el Señor quien nos llama y nos invita a participar de su misma misión.

2. En el mundo sin ser del mundo

El encuentro personal con Cristo y la escucha serena de sus palabras nos invitan siempre al seguimiento para estar con Él y para salir en misión hasta los confines de la tierra. La comunión con Cristo en la oración nos proyecta siempre al mundo. Ahora bien, esta presencia en el mundo no puede ajustarse a los criterios culturales del momento o a nuestras intuiciones personales, pues somos enviados al mundo para vivir y actuar siempre de acuerdo con los criterios, sentimientos y deseos del Señor.

En este momento observamos que bastantes cristianos confiesan su pertenencia a la Iglesia y su voluntad de seguir a Jesucristo, pero luego pretenden compaginar los criterios del mundo con los criterios evangélicos. Tienen miedo a ser distintos a quienes no tienen fe e inconscientemente intentan llevar una doble vida, olvidando que a Dios es preciso amarlo con todo el corazón, con toda la mente y con todo el ser (cfr. Dt 6, 5).

Si no purificamos nuestras convicciones cristianas y nuestras prácticas religiosas, dejando que sea Dios el que ocupe siempre el centro de la reflexión y de las decisiones, en vez de contemplar la dimensión social y pública de la evangelización como una consecuencia lógica del seguimiento de Jesucristo, la veremos como un añadido más que es necesario realizar cuando nosotros lo juzgamos oportuno.

La presencia evangélica en la vida pública es una exigencia que nace del corazón del Evangelio y “nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos...Una auténtica fe -que nunca es cómoda o individualista- siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra”¹⁹.

La Iglesia no puede renunciar a evangelizar. En plena fidelidad a los comportamientos y enseñanzas del Maestro, “es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie”²⁰. En este sentido, la Iglesia actúa con la profunda convicción de ofrecer y contagiar la buena noticia de la salvación de Dios en Jesucristo a todos

¹⁹ Ibidem, n.183.

²⁰ Ibidem, n. 23.

los hombres y lo hace sin proselitismo, simplemente con el testimonio de las palabras y de las obras²¹.

Esto exige una Iglesia en salida, con las puertas siempre abiertas, es decir, una Iglesia que abre sus puertas a los que están dentro para que salgan y que, al mismo tiempo, las mantiene abiertas para cuantos, movidos por la misericordia de Dios, quieran entrar. Por lo tanto, la Iglesia en vez de ser una aduana de control para los de fuera o un refugio para los que están dentro, debe arriesgarse a ser la casa paterna para tanto hijo pródigo que necesita curar sus heridas y experimentar el calor del cariño en sus corazones.

Todos los bautizados hemos de hacernos presentes en la vida pública y tenemos que hacerlo porque cada cristiano, pero especialmente los cristianos laicos, en virtud del sacramento del bautismo, tienen la misión de hacer presente la Iglesia y el Evangelio en aquellos lugares y circunstancias en las que solamente por medio de ellos puede la Iglesia llegar a ser sal de la tierra y luz del mundo²².

A pesar de que las dificultades del momento invitan a ser “políticamente correctos” y a no intervenir en las realidades sociales con planteamientos evangélicos, el verdadero discípulo misionero no puede dejar de estar evangélicamente en el mundo, porque es enviado por el Señor con la misma misión que Él recibió del Padre: “No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal”. (Jn 17,15)

²¹ Ibidem, n. 241.

²² CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, Constitución Dogmática, sobre la Iglesia, n. 33.

Teniendo esto presente, la parroquia misionera no puede limitarse a cuidar y mantener a quienes vienen habitualmente a la misma. Ha de preocuparse también de ofrecerles el correspondiente acompañamiento humano y espiritual para que salgan al mundo, a las periferias humanas. La acogida, la espiritualidad y la atención que ofrece a quienes participan en las celebraciones litúrgicas o tienen responsabilidades en las actividades pastorales, debe ayudarles a salir al encuentro de quienes no creen o viven una fe mortecina. Aunque, en ocasiones, no sea fácil hacer un anuncio explícito de Jesucristo, siempre será posible dar testimonio de su presencia en nosotros y de su amor a todos los hombres.

En estos momentos de tanto confusionismo en todos los ámbitos de la vida, es muy importante que los bautizados, además de prestar su colaboración activa en el seno de las comunidades parroquiales, asuman también con gozo y valentía la acción evangelizadora en el seno de la sociedad, superando de este modo la profunda disociación existente entre la fe y la vida.

De forma individual o asociada, quienes nos confesamos seguidores de Jesucristo hemos de hacernos presentes en el mundo de la cultura, de la política, de la economía y en las restantes actividades sociales para colaborar con el Señor en la realización de la justicia, la libertad y la paz, así como para defender la dignidad y los derechos de tantos hermanos que, con frecuencia, son pisoteados o vulnerados.

3. En la misión nunca estamos solos

El Señor, que es fiel y cumple siempre su palabra, nos recuerda que nunca estamos solos en la vida y, por tanto, tampoco en la misión: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos” (Mt 28,20). A partir de su resurrección de entre los muertos, Cristo permanece vivo y, mediante la acción del Espíritu Santo, sale al encuentro del hombre para ofrecerle la salvación por medio de su Palabra y de los sacramentos.

Acoger estas constantes salidas del Señor es fundamental para experimentar que Él guía a su Iglesia, cuida de nosotros y nos envía en misión. Además, contemplando la actuación de Jesús, el más grande misionero de todos los tiempos, aprendemos también a estar siempre atentos a la voluntad del Padre y a permanecer en el servicio a los hermanos hasta la entrega de la propia vida por amor, si esto fuese necesario.

El discípulo misionero no sólo ha de tomar conciencia de que es Dios quien llama y envía a la misión, sino que es Él también quien nos precede en la realización de la misma. Antes de que nosotros lleguemos a los demás con el testimonio de las obras y con el anuncio de la Palabra, el Señor ya está actuando mediante la acción fecunda del Espíritu Santo en las distintas circunstancias históricas y en el corazón de cada ser humano. “El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos, pero sin pretender ver resultados llamativos”²³.

²³ Ibidem, n. 279.

Esto nos obliga a dejar siempre la iniciativa a Dios y a su gracia, tanto en la vida espiritual como en la acción pastoral. Cuando olvidamos que Dios tiene la iniciativa, la evangelización puede entenderse como “un conjunto de tareas, vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones y deseos”²⁴.

El crecimiento espiritual, el seguimiento de Jesucristo y los frutos pastorales no son nunca el resultado de nuestros esfuerzos personales y de nuestros proyectos pastorales. Aunque es verdad que no podemos cruzarnos de brazos y hemos de colaborar activamente con la gracia de Dios, no debemos olvidar nunca que, como nos recuerda el Señor, sin Él, nada podemos hacer (cfr. Jn 15,5).

Los cristianos, si pretendemos impulsar la misión apostólica desde el voluntarismo o desde la confianza en nuestras capacidades, pronto descubriremos que lo que empieza y acaba en nosotros y en nuestros esfuerzos personales, no produce frutos evangélicos y está condenado a la esterilidad. Todos necesitamos ser rescatados de nuestros fracasos y de nuestras limitaciones por la acción de la gracia divina para actuar con la fe y la humildad del apóstol Pedro.

Pedro, a pesar de su experiencia en las artes de la pesca, tiene que confesar su fracaso después de bregar toda la noche y no obtener los resultados esperados. Sin embargo, cuando escucha y acepta de buen grado la palabra del Maes-

²⁴ Ibidem, n. 261.

tro, que le indica dónde debe echar la red, entonces se produce el milagro. Esto nos indica que para no caer en la frustración ni experimentar el fracaso de nuestros proyectos pastorales, necesitamos escuchar la voz de Jesús, acoger con humildad sus indicaciones y echar la red donde Él diga y no donde nosotros queremos (cfr. Lc 5,1-12).

Cuando no percibimos la respuesta pastoral a nuestros esfuerzos evangelizadores, el Señor nos invita a abrir la mirada a sus propuestas, a escuchar su Palabra y a dejarnos transformar por la gracia para vivir con la convicción de que la evangelización no es una empresa nuestra, sino un encargo suyo. Con esta convicción, debemos ponernos de rodillas ante el sagrario para dejarnos recrear por la mirada amorosa de Cristo que se ha quedado con nosotros para siempre para mostrarnos la voluntad del Padre y para enseñarnos que el Espíritu Santo puede actuar en cualquier circunstancia, también entre aquellos acontecimientos que nosotros juzgamos como fracasos.

4. El todo es superior a la parte

Además de tomar conciencia de esta presencia permanente del Señor junto a nosotros, otro aspecto que no deberíamos olvidar nunca en la acción evangelizadora es la dimensión eclesial de la fe y de la evangelización. El Papa Francisco, apoyándose en las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia, propone cuatro principios que constituyen el primer y fundamental parámetro de referencia para la interpretación y valoración de los fenómenos sociales, y que orientan el de-

sarrollo de la convivencia social y los pasos para la construcción de la paz en el mundo²⁵.

Quisiera detenerme brevemente en el análisis del último de estos principios, en el que se afirma que “el todo es superior a la parte”²⁶. Con este enunciado, se nos quiere indicar que, aunque es preciso prestar atención a lo local y a lo pequeño, también es necesario estar abiertos y atentos a lo global y a lo universal. Cuando nos fijamos sólo en lo local, corremos el riesgo de empobrecernos y repetir siempre lo mismo, al no dejarnos interpelar por el diferente y por la belleza que Dios derrama fuera de los límites de lo nuestro pequeño mundo.

Esto nos ayuda a descubrir que no podemos obsesionarnos por cuestiones limitadas y particulares. En todo momento es preciso ampliar la mirada para descubrir y conocer aquellos bienes superiores que son beneficiosos para todos los hombres y los pueblos. Ahora bien, esta visión global hay que hacerla sin evadirse de la realidad y teniendo en cuenta la historia del lugar, puesto que éste es un don de Dios²⁷.

Si aplicamos esta reflexión del Santo Padre a la Iglesia y a la evangelización, podríamos afirmar que cada bautizado, presbítero, religioso o laico es enviado por el Señor para llevar a cabo la misión evangelizadora en una parroquia o en un grupo de parroquias, pero sin perder nunca la referencia de la Iglesia universal, de la Diócesis y del arciprestazgo, puesto que la parroquia desgajada de la Diócesis no tiene sentido.

²⁵ EG. n. 221.

²⁶ Ibidem. n. 234.

²⁷ Ibidem, nn. 234-237

Asumiendo cordialmente este principio en la actuación pastoral y en la evangelización, podremos descubrir que, desde la pertenencia gozosa a la Diócesis, hemos de prestar especial atención a la renovación de las parroquias en el marco del arciprestazgo, procurando la colaboración activa con las parroquias limítrofes. En este sentido, la reflexión sobre las UdAPs es una llamada a la comunión eclesial y a la responsabilidad pastoral, teniendo en cuenta las orientaciones pastorales de la Diócesis, la colaboración con las parroquias limítrofes y la apertura sincera a los movimientos apostólicos y nuevas realidades eclesiales, que el Espíritu Santo suscita en el corazón de la Iglesia.

Por otra parte, tampoco podemos olvidar que la misión de los miembros de la comunidad parroquial nace de la inserción en Cristo y de la pertenencia a la Iglesia por el sacramento del bautismo. El Espíritu Santo es quien suscita en el Pueblo de Dios distintos carismas, ministerios y funciones, todos necesarios y complementarios para la edificación de la comunidad cristiana.

Teniendo presente que el todo es superior a la parte, los sacerdotes, religiosos y cristianos laicos, desde la experiencia de la comunión con Dios y desde la vivencia del propio carisma, estamos llamados a crecer siempre en la fraternidad y en la corresponsabilidad pastoral, asumiendo de buen grado que hemos recibido distintas vocaciones, pero que éstas son complementarias.

Este tipo de trabajo pastoral, basado en la comunión

corresponsable entre todos los miembros del Pueblo de Dios, nos obliga a superar el individualismo enfermizo, a salir de nosotros mismos y a romper los estrechos límites de nuestras parroquias para abrirnos a las parroquias vecinas y a la Diócesis. Esto nos pide poner siempre en el origen de la reflexión a Jesucristo pues, con Él y desde Él, podremos encontrar el mejor servicio a su Iglesia y a nuestros semejantes.

El abrirnos a la globalidad y no quedarnos en lo particular nos da siempre nuevas luces para hacer de la parroquia la casa abierta a todos y, por tanto, nos permite avanzar en la formación de comunidades vivas y maduras en la fe, mediante la incorporación responsable y la participación activa de cada uno de sus miembros.

5. Sin formación cristiana no puede haber evangelización

En nuestros días todos constatamos y lamentamos las carencias formativas de muchos bautizados en lo relacionado con los contenidos de la fe y con las enseñanzas de la Iglesia. Como consecuencia de estas deficiencias en la formación religiosa, resulta prácticamente imposible vivir con gozo la propia vocación, avanzar en el seguimiento de Jesucristo y experimentar la necesidad de transmitir la fe a los demás.

Consciente de esta situación, San Juan Pablo II, recogiendo las reflexiones de los Padres del Sínodo sobre “la vocación de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio Vaticano II”²⁸ afirma que la forma-

²⁸ S. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, n.1.

ción de los fieles laicos y, por extensión, de todos los miembros de la Iglesia, debía situarse entre las prioridades de la diócesis y debía formar parte de la programación pastoral.

Ahora bien, tendríamos que preguntarnos: ¿Cómo ha de entenderse esta formación? ¿Puede reducirse a la simple transmisión de conocimientos doctrinales o exige una nueva orientación? En principio tenemos que decir que la formación cristiana debe ayudar a quien la recibe a crecer en la fe y en el seguimiento de Jesucristo. Para madurar en la propia vocación, vivirla en la misión y desarrollar una pastoral eficaz, es imprescindible una formación cristiana, entendida como “un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo”²⁹.

Partiendo de estas reflexiones del papa Juan Pablo II, podemos concluir que, aunque siempre será necesario cuidar la formación integral de todos los miembros del Pueblo de Dios, reviste una urgencia especial la formación de quienes han de asumir responsabilidades en la formación cristiana de los restantes grupos de la comunidad parroquial o de los movimientos apostólicos.

Para ello, cada cristiano, aunque reciba la ayuda y el acompañamiento formativo de otros miembros de la comunidad cristiana, debe sentirse responsable de su propia formación, teniendo presente que cuanto más nos formamos, más capaces nos hacemos de formar a otros. De acuerdo con

²⁹ Ibidem, n. 57.

lo dicho hasta aquí, la formación cristiana debería capacitar-nos no sólo para el descubrimiento de la voluntad de Dios en cada momento de la historia sino para el cumplimiento de la misma.

Si la verdadera evangelización sólo tiene lugar cuando se realiza el anuncio explícito de la persona de Jesucristo, esto exige un conocimiento interno del Señor por medio de la oración, pero también de los principales contenidos de la fe cristiana. Para vivir como cristiano consciente, hoy no basta la “fe del carbonero”, pues el ambiente cultural y los criterios sociales pronto nos alejarían del seguimiento de Jesucristo. Además, para madurar en nuestra fe y para dar razón de la esperanza que nos mueve a vivir y actuar a nuestros semejantes, precisamos también una buena formación doctrinal y conocimiento de las Sagradas Escrituras.

Los cristianos que han recibido el primer anuncio y acuden normalmente a la parroquia, además de experimentar el cariño, el apoyo y la cercanía de los restantes miembros de la comunidad cristiana, necesitan también crecer en su vida espiritual y en su formación cristiana para salir con alegría a evangelizar las realidades sociales y la vida pública. En este sentido, además de seguir acompañando y animando los grupos de lectura creyente y orante de la Palabra de Dios, tendríamos que apoyar mucho más la actividad de los movimientos apostólicos y las nuevas realidades eclesiales.

La experiencia nos dice que los movimientos apostólicos son una ayuda valiosa para el despertar religioso y para

la maduración espiritual de sus miembros en el seno de la parroquia. El Señor nos pide abrir nuevos caminos para la formación cristiana de todos los bautizados, si queremos multiplicar el número de evangelizadores. Los movimientos apostólicos pueden ayudarnos y enseñarnos a hacerlo.

Pero, además, una parroquia misionera debe cuidar no sólo la formación de quienes tienen fe, sino la de quienes tienen dudas o no han finalizado su iniciación cristiana. Por eso, cada día será más necesario cuidar el primer anuncio. Con la mirada compasiva de Dios, además de acoger con cariño a quienes se acercan a la parroquia a pedir los sacramentos o a consultar otros temas, no debemos perder de vista que también necesitan descubrir el amor de Dios por medio de los agentes de pastoral.

En la actualidad, todos constatamos las dificultades de muchos bautizados para celebrar y vivir los sacramentos. Con dolor descubrimos que no saben las oraciones o que no responden a las invitaciones del presidente de la asamblea litúrgica. No debe extrañarnos porque, si a la falta de una fe madura, añadimos su deficiente formación cristiana, se explican muy bien las distracciones y el cansancio de algunos en las celebraciones litúrgicas. ¿Cómo pueden participar activa y conscientemente en las mismas, si no han descubierto ni entienden el sentido de los signos litúrgicos?

Con la finalidad de responder a estas graves carencias de niños, jóvenes y adultos, además de tomar conciencia de esta realidad, deberíamos comenzar a impartir con la ade-

cuada pedagogía las catequesis mistagógicas utilizadas desde los primeros momentos de la Iglesia. De este modo, haríamos posible que muchos hermanos, no sólo comprendiesen el significado de los signos y símbolos rituales, sino que comenzasen a gustar las celebraciones litúrgicas y a vivirlas fructuosamente.

6. Las palabras sin las obras no se entienden

En íntima conexión con la celebración del Año Jubilar de la Misericordia, tiene que estar la vivencia de la caridad, pues la misericordia no es otra cosa que el amor que se conmueve y se pone en acción al contemplar la miseria y la pobreza humana. Además, el impulso de la actividad caritativa de cada una de las comunidades cristianas de nuestra Iglesia diocesana aparece también como uno de los objetivos de nuestro Plan Pastoral. En el fondo, se trata de descubrir la centralidad de la acción caritativa en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Los primeros cristianos tenían esto muy claro. Como nos recuerda el Libro de los Hechos de los Apóstoles se reunían por las casas para escuchar las enseñanzas de los apóstoles, para la oración en común y para la celebración de la fracción del pan (cfr. Hch 2, 42-47). A partir de estos encuentros con Dios y entre sí, vivían unidos, lo tenían todo en común, vendían posesiones, si era preciso, y repartían los bienes entre los más necesitados para cubrir las carencias de cada uno.

Este testimonio, vivido con alegría y con todo el corazón, era el más grande testimonio del amor de Dios para los paganos. Con el testimonio de las obras, los primeros cristianos y tantos otros seguidores de Jesucristo han mostrado con sus obras a creyentes y no creyentes las maravillas que Dios realiza en sus vidas. La comunión con Dios les impulsaba a sentir con los hermanos y a partir el pan con ellos para que todos tuviesen lo necesario para vivir con dignidad en el seguimiento de Cristo.

Partiendo de este testimonio de la Iglesia primitiva, vemos con claridad que el anuncio del Evangelio debe estar íntimamente unido a la celebración de la fe en la liturgia y al servicio de la caridad. En contra de lo que algunos piensan, la actividad caritativa no puede ser algo optativo u opcional en la misión evangelizadora de la Iglesia y en la vida espiritual del cristiano. “Para la Iglesia la caridad no es una especie de actividad de asistencia social, que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”³⁰.

Esto quiere decir que los cristianos hemos de vivir con la profunda convicción de que la caridad, el amor a los hermanos, es responsabilidad y tarea de todo el Pueblo de Dios: de los sacerdotes, religiosos y cristianos laicos. En relación con este tema, el Papa Francisco nos recuerda que, si no amamos a los hermanos, nuestro amor a Dios no será auténtico: “El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el

³⁰ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, (2005), Carta Encíclica, sobre el amor cristiano, n. 25.

encuentro pleno con Dios hasta el punto de que quien no ama al hermano camina en las tinieblas (cfr. 1Jn 2,11), permanece en la muerte (cfr. 1Jn 3,14) y no ha conocido a Dios (cfr. 1Jn 4,8)³¹.

Partiendo de estas enseñanzas del evangelista Juan, parece claro que nadie puede seguir pensando la caridad como una labor de especialistas o como una tarea individual de cada bautizado, dejada a la buena voluntad de cada uno. El amor a los hermanos, especialmente a los más pobres, es la medida de nuestro amor a Dios y pertenece a la misma esencia y naturaleza de la comunidad cristiana, pues el mandamiento del amor no ha sido dado para que lo vivan unos pocos, sino para todos los que se confiesan seguidores y testigos de Jesucristo.

En estos momentos, tenemos que dar muchas gracias a Dios pues, durante estos años de crisis económica y financiera, nuestras comunidades cristianas no sólo han brindado ayuda económica y material a los necesitados, sino que han sabido acompañarlos humana y espiritualmente, ofreciéndoles, además de alimento y vestido, signos de esperanza y de misericordia.

Pensando en el futuro, no podemos ser conformistas en la práctica del amor a los hermanos. Por eso, hemos de seguir profundizando en el valor evangelizador de la caridad. En este sentido, teniendo en cuenta las nuevas pobrezas, es preciso que cada parroquia siga animando la acción caritati-

³¹ EG. n. 272.

va y social de la Iglesia a través de los miembros de Caritas o de otras organizaciones caritativas de la Iglesia.

Para dar un nuevo impulso a la evangelización, es preciso que no dejemos de plantearnos una nueva imaginación de la caridad para que los ancianos, los enfermos, los que viven solos o no han descubierto a Jesucristo, como plenitud de sentido para sus vidas, lo puedan descubrir a través de nuestro testimonio de amor.

Esto exige de los agentes de la caridad y de todos los cristianos una preocupación por la formación técnica y “del corazón”, para que los pobres se sientan en la Iglesia como en su casa. Además, todas las comunidades parroquiales deben concretar la vivencia del mandamiento del amor, teniendo en cuenta que, antes de dar cosas a los demás, es preciso darse y poner los medios para la prevención de la pobreza y para la inclusión de los excluidos de la sociedad.

Conclusión

En el cumplimiento gozoso de la misión evangelizadora, los cristianos, a pesar de contar siempre con la ayuda de Dios, experimentamos tentaciones. Si éstas son detectadas, afrontadas y superadas con la fuerza del Espíritu, podemos madurar en la fe y en el cumplimiento gozoso de la misión. Por el contrario, si nos dejamos vencer por las tentaciones, corremos el riesgo de olvidar nuestra identidad cristiana, perder el gozo en el ejercicio de la misión y paralizar así el dinamismo misionero de la Iglesia.

El papa Francisco nos pone en guardia ante estas tentaciones y nos invita a hacer un examen de conciencia para comprobar si en la evangelización actuamos desde Dios o, por el contrario, buscamos la gloria humana y el bienestar personal, aunque sea bajo apariencias de religiosidad y de amor a la Iglesia³². Cuando tiene lugar esta utilización de la fe en beneficio propio, ni Jesucristo ni la Iglesia ni los pobres interesan verdaderamente.

Con toda seguridad todos sabemos que el camino para superar las tentaciones consiste en la fidelidad al Espíritu. El

³² Ibidem, n. 93.

tiene el poder de abrirnos a Dios y, por lo tanto, de ayudarnos a descubrir nuestras incongruencias en el ejercicio de la pastoral. Desde su luz, estamos llamados a continuar recorriendo el camino de la conversión personal y de la conversión pastoral que nos permita volver al Evangelio y no dejar las cosas como están, dedicando nuestras fuerzas y nuestra vida al impulso de una evangelización más misionera, comunitaria, corresponsable y atenta a los necesitados.

Invoquemos sobre nosotros y sobre toda la Iglesia la protección y el auxilio de la Santísima Virgen, la Madre de la Divina Misericordia. Presentemos a María los frutos del próximo Sínodo sobre la familia, los viajes del Santo Padre a distintos países y el desarrollo creciente de la fe en los niños y jóvenes para que puedan descubrir su vocación y misión. Pongamos en las manos de la Madre la programación pastoral, el crecimiento en la comunión y la disponibilidad de todos para asumir de forma corresponsable la misión evangelizadora en nuestra Diócesis de Sigüenza-Guadalajara.

Con mi cordial saludo y bendición, feliz curso pastoral.

Guadalajara 17 de septiembre de 2015
S. Martín de Fojosa, obispo.

+ *Atilano Rodríguez*
Obispo de Sigüenza-Guadalajara